GILLETTE & L'ORÉAL,

WOMEN USA

VOL. VI

South Dakota • Tennessee • Texas • Utah • Vermont
Virginia • Washington • West Virginia
Wisconsin • Wyoming



FERDINANDO FREGA

GILLETTE & L'ORÉAL, WOMEN USA — VOL. VI

L'ORÉAL THROUGH GILLETTE · 20

South Dakota, Tennessee, Texas, Utah, Vermont, Virginia, Washington, West Virginia, Wisconsin, Wyoming. El último tramo de la travesía americana, y la nota que cierra la serie.

Capítulo Cero — apertura común

Este capítulo de apertura es común a los seis volúmenes de Women of the United States. Se reproduce aquí íntegro, y plegado, para que la serie pueda leerse en secuencia sin repeticiones.

CAPÍTULO CERO

Aquí el mundo no es un territorio: es un límite. El Polo Norte no acoge, no perdona, no deja margen al error. El blanco reina como una entidad absoluta, silenciosa y sin memoria. La temperatura no es un dato meteorológico: es un depredador. La noche dura meses, aplasta los pensamientos, deforma los contornos de las personas, se traga su voluntad.

Las comunidades son pocas, pequeñas y cerradas. Inuit, yupik, pueblos árticos viven donde nadie elegiría quedarse. Aquí cada individuo es esencial para la supervivencia del grupo. Si no eres útil, te conviertes en una carga. Y quien se convierte en una carga desaparece en el silencio, en la nieve, en la lógica de un entorno que no hace concesiones.

Las bases científicas añaden otro tipo de frío: el de las jerarquías. Aquí una mujer es una presencia rara, una anomalía que debe adaptarse o sucumbir.

En este lugar el concepto de «desaparición» no existe. Solo existe el blanco que lo borra todo.

Mujeres inuit y yupik

La niña ártica no es mimada: es preparada. Aprende pronto a resistir el frío, la oscuridad y el hambre. Debe volverse útil para el clan, porque aquí la identidad no es personal. Es funcional. La mujer carga con el peso de la familia y de la comunidad: comida, fuego, hijos, pieles, cuidados. Nadie habla de derechos. Nadie habla de fragilidad. La depresión existe, pero no tiene nombre. La violencia existe, pero no tiene testigos.

La mujer de las bases científicas

Instruida, competente, acostumbrada a la disciplina. Llega como investigadora, técnica, médica. Descubre enseguida que el Polo Norte no reconoce títulos. Aquí solo cuenta la dureza mental. Las jerarquías masculinas la dominan, y cualquier señal de debilidad se interpreta como debilidad. Es un entorno donde la fuerza no basta: hace falta un autocontrol extremo.

La mujer occidental «de fuera»

Criada en libertad, llega convencida de que puede conquistar el frío. Pero el lugar la quiebra: soledad, espacios minúsculos, silencios interminables. Las bases no son comunidades, son mecanismos. Y una mujer, dentro de un mecanismo diseñado por hombres, tiene que luchar para no desaparecer.

El viaje al confín del mundo

Mi vecino, Antonio, al que todos llamaban Nino, llevaba años hablando del Cabo Norte, del sol de medianoche, de los meses sin oscuridad. Era un sueño que guardaba en el bolsillo, como algo imposible. Una mañana de mayo toqué su timbre y le dije solo esto: «Haz la maleta. Vuelvo dentro de una hora. Regresamos en 30 días». Me miró sorprendido, feliz. Su mujer, preocupada, preguntó cuáles eran nuestros planes. «Perseguir un sueño», respondí.

Subimos al coche. Nuestras mujeres nos miraban como si estuviéramos locos. Pero aquel viaje era real. Nino ya estaba lleno de preguntas. «¿Adónde vamos? ¿Cuánto dinero tengo que llevar?». «Tranquilo», le dije. «Llegamos en 54 horas. Solo 5.000 km. Vamos en el Range Rover nuevo. Disfruta del viaje».

Cada 300 km tenía que parar: él, doce años mayor que yo, tenía su propio ritmo. Yo tenía agua y líquidos; él, café y necesidades físicas. Y cuanto más avanzábamos, más me hablaba de su vida. Cosas que nunca habría sabido si no hubiera sido por aquella carretera interminable.

Dos hombres solos en un coche hablando siempre de mujeres. Él solo había conocido a su mujer. Yo me reía. Lo tranquilicé: «Nosotros somos igual».

Me preguntó cómo conseguía no perder la cabeza conduciendo 60 horas. Le hablé de Rusia, cuando a los 22 años conduje 51 horas para encontrarme con una mujer a la que nunca había visto. «Las distancias no son límites», le dije, «son excusas. Yo nunca he tenido ninguna».

La llegada al blanco

Entramos en Noruega. Un albergue en la carretera. Allí dejaríamos el coche y seguiríamos en trineo.

La guía iba cubierta, impenetrable. Cuando se quitó las gafas, descubrí que era una mujer. Una noruega, silenciosa, directa, glacial. Nino en el centro del trineo, ella delante, yo con mis 190 cm detrás, cerrando la fila.

Todavía era de día. Mi reloj marcaba la hora, pero no me decía si era de noche o de mañana. Era el sol de medianoche. Habíamos llegado al Cabo Norte.

Nino lloró. Me abrazó. Le dije, riendo: «Cuidado… la gente va a pensar que somos gais». Nos reímos, pero estábamos en el confín del mundo.

Luego llegó la helada: –52 °C.

La entrada en el verdadero Ártico

Nos llevaron a un contenedor metálico para cambiarnos. Trajes acolchados pesadísimos, cerrados con cremalleras complicadas.

Pagué a la guía. A Nino lo dejaron en un iglú con unos hombres; a mí, en otro con una familia: un anciano, de entre 70 y 80 años, y tres mujeres de entre 30 y 50.

Era un mundo cerrado. Simple. Brutal.

El hombre se mantenía aparte. Las mujeres llevaban el ritmo. Y el baño era un montículo a cinco metros del iglú: la caca se congelaba antes de tocar el suelo. Mi primera meada se convirtió en una estrella ártica amarilla. Era el Norte que me saludaba.

La mujer de mediana edad, Magi, hablaba un poco de inglés. Lo demás eran gestos, ojos, manos. El idioma del frío.

Cuando no sabía bien cómo usar el traje, ella, sin pensarlo, me tocó la entrepierna para enseñarme una cremallera escondida. No había malicia, ni vergüenza: solo función. Supervivencia.

Los tres días en el iglú

Trajeron comida. Pescado ahumado, pescado crudo, hígado de bacalao, vientre de ballena. Y bolas de tiburón. No había elección. No había alternativa. Era lo que da la naturaleza.

Luego bebí: un líquido rojo. Pensé que era vino. Era sangre de ballena filtrada, hervida y endulzada. La bebí. Me dio una fuerza que nunca había sentido. Una energía primitiva. Pensé que era cocaína. No. Era el Norte entrando en el cuerpo.

Las mujeres me observaban. El anciano salía a cazar. Yo descansaba y bebía sangre. Tres días sin teléfono, sin internet, sin ordenador, sin Nino. Solo yo y ellas.

No había noche. Solo luz, fuego, hielo y aliento.

Las tres mujeres se tumbaron a dormir. Yo buscaba un sitio. La más joven levantó el brazo y me hizo señas para que me acercara. Estallaron en carcajadas. Yo no entendía. Dijeron que yo era su «Navidad».

Una manera de decir que me habían aceptado.

Intenté darles algo de dinero para darles las gracias. Lo rechazaron. Solo querían un abrazo. Y unas palabras en calabrés para sentirse más cerca.

Allí entendí el valor de los regalos verdaderos: los que no se pueden comprar ni vender.

La despedida de la guía

Al cabo de tres días llegó la guía. Habló con las tres mujeres durante una hora. Yo estaba fuera. No entendía lo que decían. No era asunto mío. Era su lengua, su mundo, su ley.

En el contenedor, mientras me desvestía, entró la guía. Curiosa. Directa. Nórdica. Me abrazó con fuerza. Me besó. Su piel era blanca como la leche. Sus ojos, azules como el cielo de agosto.

Me pidió que me la llevara. Habría hecho cualquier cosa por salir de aquel mundo.

Sonreí con respeto. No podía. No debía.

Solo le dejé una promesa: «Si necesitas algo, escríbeme una carta. Te ayudaré». Rechazó incluso el dinero. Era una mujer hermosa, pero sola. Una soledad que no se ve de lejos. Una soledad que el frío no perdona.

El regreso a casa

Fuimos a recoger a Nino. Estaba entusiasmado. No quería volver. Pero yo tenía una cita con su mujer.

Les contó a todos sus tres días. Yo me callé. Nunca compartí nada con aquel hombre. Solo con el papel.

Y así, mientras Nino volvía a su mundo, yo ya iba camino de otro. Otro destino. Otro encuentro.

Bienvenido.

Epílogo

El Norte no te lleva: te cambia. Y nunca

te devuelve entero. Los hombres van al Polo Norte buscando luz, silencio, fotografías, sueños. Las mujeres se quedan para sobrevivir.

Los hombres cuentan lo que han visto. Las mujeres callan lo que han vivido.

Los hombres vuelven. Las mujeres se quedan. Se quedan en el frío, en casas de nieve, en silencios que nadie oye. Se quedan para sostener comunidades que no las celebran. Se quedan para proteger a niños, ancianos, extraños. Se quedan invisibles.

De allí solo me llevé un recuerdo: una mujer hermosa, increíblemente hermosa, pero sola. No en un sentido romántico. En un sentido humano. En un sentido trágico.

Reflexión

El Norte no mata el cuerpo. Mata la presencia. Y lo que queda es el blanco: un lugar donde las mujeres viven y desaparecen al mismo tiempo.

Por eso escribo. Porque los lugares extremos no cuentan su propia historia. Y quien los atraviesa no puede permitirse el lujo de quedarse callado.

Yo no. Yo no. Mi tierra me dio a luz, y el resto del mundo me acoge no como a un huésped, sino como a uno de la familia.

De la blancura absoluta del Norte descendí a la confusión absoluta de los Estados Unidos.

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

El encargo imposible

Trabajar dieciocho años para una empresa americana te da algo que ninguna otra empresa del mundo puede darte: una cultura del trabajo, procedimientos, una misión clara y un sistema de valores que no son teoría: son práctica diaria. No te los explican; te los construyen. Y lo hacen sin pedirte permiso.

Estaba en la oficina de Nueva York cuando me ofrecieron un trabajo que nunca había imaginado. No un ascenso. No un traslado. Un experimento.

Un programa confidencial, creado para validar un modelo de relaciones humanas dentro de los Estados Unidos. No habían elegido a directivos, psicólogos ni formadores. Habían elegido a personas con cierto tipo de experiencia en el mundo real. Y salió mi nombre, aunque llevaba dieciocho años en ventas. No miraban el cargo: miraban la mente.

La prueba era sencilla de explicar y dificilísima de cumplir:

visitar los 50 estados americanos en un año, eligiendo yo mismo las ciudades y quedándome al menos una semana en cada una.

Las dos últimas semanas serían vacaciones obligatorias. Ellos cubrirían todos los gastos. Yo solo tenía que vivir, observar, entender y entregar un informe cada lunes. Un relato humano, seco, preciso.

Firmé el contrato. Avisé en casa. No preguntaron nada. Solo querían saber si había llegado la provisión del mes. Yo estaba a punto de enfrentarme a un año en América. Ellos, como siempre, se enfrentaban al mes siguiente.

Por si acaso, mi sueldo se ingresaba directamente en mi cuenta bancaria en Italia. Era una manera educada de decirme: «No hagas tonterías. Vive con lo que tienes. Veamos quién eres de verdad».

Solo quince años después tuve acceso a mis informes originales, a los análisis y al material que habían reunido sobre mí. De ahí nació este libro. Obtuve la autorización para publicarlo con una condición: no nombrar nunca a la empresa que lo encargó.

No importa. Esta historia no va de logotipos. Va de un hombre en un país imposible de entender si no lo vives en primera persona.

¿Empiezo por el punto más lejano?

La elección lógica era empezar por los márgenes, no por el centro. Por dos razones sencillas:

1. Venía fresco del experimento: lucidez alta, atención máxima.

2. Empezando por el extremo podía corregir el rumbo y terminar el viaje limpiamente.

No necesitaba empezar en Boston o en Chicago. Tenía que empezar en una frontera. En un lugar que fuera América solo sobre el papel.

Elegí Juneau, la capital de Alaska. Aislada. Solo se llega en barco o en avión. Una ciudad que no pertenece a nadie. El lugar perfecto para empezar.

Optimizar los recursos

Antes de partir hice lo que un americano respeta por encima de todo: me organicé como un profesional, no como un turista.

Llamé a tres de las aerolíneas más populares, las que tienen las mayores redes nacionales. En menos de una hora compré un talonario de cincuenta vuelos nacionales con un 60 % de descuento.

Sin límites de tiempo. Sin límites de días. Sin restricciones. Una sola condición: usarlos en un año.

Hice lo mismo con las cadenas hoteleras, Uber Taxis y las empresas de alquiler de coches, y luego preparé un calendario como es debido de las etapas, de los medios, pero no de los tiempos.

Estaba listo.

Fue mi primer éxito real. La primera señal de que sabía moverme. América premia a quien actúa, no a quien espera.

Cuando la empresa vio la operación, hizo lo que una cultura americana hace siempre: comprobó la fiabilidad.

¿Era capaz de gestionar un año de movimiento constante? ¿Era capaz de afrontar imprevistos, distancias y emergencias? ¿Era autónomo?

Por eso, antes de partir, resolví otro detalle crucial:

me aseguré de tener en la tarjeta de crédito un límite mensual de al menos 100.000 dólares.

No era para gastarlo. Era para demostrar que podíamos gestionarlo. Los americanos piensan así: si no tienes autonomía, no tienes libertad. Y si no tienes libertad, no se te puede evaluar.

A partir de ese momento el programa ya no fue un encargo. Fue una misión.

Y AHORA SÍ QUE VIAJAMOS

Alaska forma parte de los Estados Unidos solo por geografía. Es otro mundo.

Es el lugar donde las mujeres desaparecen sin dejar rastro. Donde una denuncia nunca llega a destino. Donde las ciudades no son más que islas civilizadas en medio de un continente salvaje.

Juneau fue mi primera prueba: una capital sin carreteras que la unan al resto del país. Un pedazo de América que no parece América.

Aquí empecé a entender algo: el viaje no sería geográfico. Sería humano.

BLOQUE 1 (Volumen I)

Alabama – Alaska – Arizona – Arkansas – California – Colorado – Connecticut – Delaware – Florida – Georgia

BLOQUE 2 (Volumen II)

Hawaii – Idaho – Illinois – Indiana – Iowa – Kansas – Kentucky – Louisiana – Maine – Maryland

BLOQUE 3 (Volumen III)

Massachusetts – Michigan – Minnesota – Mississippi – Missouri – Montana – Nebraska – Nevada – New Hampshire – New Jersey – New Mexico

BLOQUE 4 (Volumen IV)

New York – Washington

BLOQUE 5 (Volumen V)

North Carolina – North Dakota – Ohio – Oklahoma – Oregon – Pennsylvania – Rhode Island – South Carolina

BLOQUE 6 (Volumen VI)

South Dakota – Tennessee – Texas – Utah – Vermont – Virginia – West Virginia – Wisconsin – Wyoming

SOUTH DAKOTA

South Dakota es una tierra de viento, hielo y distancia. Es uno de esos lugares donde manda la naturaleza y la sociedad la sigue, a menudo con retraso. Es un estado de tierra, ganadería, reservas indígenas, pueblos pequeños, comunidades cerradas, inviernos que duran demasiado y oportunidades que se acaban pronto.

Aquí la mujer vive entre:

– un aislamiento enorme – servicios lejanos – un clima extremo – roles familiares agobiantes – empleos mínimos – comunidades nativas aplastadas – pobreza rural escondida

South Dakota no es malvada. Es despiadadamente concreta. Y en lo concreto, a la mujer se la da por sentada.

La mujer de la reserva nativa lakota – 38

años

Pine Ridge es una herida abierta. Pobreza extrema, desempleo, escuelas frágiles, adicciones y traumas históricos nunca curados.

Alana, 38 años, madre de cuatro hijos, pertenece a la Nación Oglala Lakota. Trabaja en una pequeña escuela. Su día es un acto

de equilibrio entre familia, trabajo, comunidad y emergencias constantes.

Muchos servicios no existen. Mucha ayuda no llega. Mucha gente vive con un dolor antiguo y un presente inestable.

Su ausencia es histórica y política:

el Estado construyó la reserva para contener a una población, no para sostenerla.

Y la mujer lakota carga con un peso que no debería ser suyo.

La mujer agrícola del Este – 52 años

En la parte oriental del estado hay granjas enormes. Clima impredecible, animales, maquinaria y cuentas que nunca terminan de cuadrar.

Julie vive y trabaja en una de estas granjas. No «ayuda» a su marido: hace la mitad del trabajo, si no más.

– Cuida de los animales – Conduce tractores – Lleva las cuentas – Cocina para familias extensas – Atiende las emergencias climáticas – Afronta inviernos helados – Hace mil cosas que nunca aparecen en los balances

Su ausencia es cultural:

su trabajo es esencial, pero lo llaman «doméstico». Doméstico, una mierda: es trabajo agrícola, duro y constante.

La mujer de pueblo pequeño – 44 años

En las ciudades medianas del Medio Oeste la vida parece tranquila, pero es una tranquilidad que consume.

Karen vive en Rapid City. Trabaja como cajera en un gran supermercado. Salario mínimo, horarios flexibles «por necesidades del negocio», costos en aumento, pocas alternativas.

Su vida está hecha de:

– trabajo repetitivo – largas distancias que recorrer – ninguna actividad cultural – pocas amistades, porque aquí la gente vive aislada – una sensación constante de estar atascada

Su ausencia es geográfica y emocional:

no le faltan cosas que hacer, le falta todo lo demás.

La mujer que vino a empezar de nuevo – 31 años

Muchas mujeres llegan a South Dakota buscando un lugar asequible para empezar de nuevo. Alquileres bajos, calles tranquilas, una ilusión de paz.

Emma es una de ellas. Viene de la Costa Oeste, donde la vida era demasiado cara. Pensaba que aquí volvería a empezar.

Luego descubrió la verdad: – ninguna comunidad – ningún apoyo – trabajo mínimo – una soledad enorme – un invierno agotador – lejos de todo.

Su ausencia es de relación:

ha encontrado espacio, pero no ha encontrado vida.

Epílogo – South Dakota

South Dakota es una tierra de resistencia. Y las mujeres son las primeras en resistir y las últimas en ser reconocidas.

En las reservas nativas, en las granjas, en los pueblos pequeños, su vida es un número de equilibrio sin red: un paso en falso puede

costarle todo.

Es un estado que confía a las mujeres un papel enorme y después las deja solas para afrontarlo.

Reflexión – South Dakota

La ausencia de las mujeres aquí no nace de un conflicto social directo. Nace de la suma de tres factores:

– un territorio inmenso y aislante – una historia pesada y no resuelta – roles rígidos y dados por sentados

Las mujeres son invisibles porque sus luchas se ven como algo «normal». Y ese es el problema.

Este capítulo aclara un punto: South Dakota no es un lugar donde las mujeres no trabajan. Es un lugar donde las mujeres trabajan más que nadie y son las menos reconocidas.

TENNESSEE

Tennessee es un estado de música, polvo, montañas, Bible Belt, campos, ciudades que luchan por volverse modernas y un interior que no quiere cambiar nunca. Es un lugar donde las mujeres viven atrapadas entre dos fuerzas opuestas: el empuje de la modernidad (Nashville, Memphis) y el muro de la tradición (todo lo demás).

Las ciudades crecen. Las periferias siguen estancadas. La religión entra en la política, y la política entra en la vida privada. Y las mujeres se encuentran atrapadas entre reglas antiguas, salarios bajos, servicios escasos y comunidades que exigen demasiado sin dar nada a cambio.

Es un país precioso para visitar, pero complicado para vivir.

La mujer de Nashville – 29 años

Nashville es la capital de la música country, pero también la capital de las ilusiones. Miles de jóvenes llegan para «triunfar» y acaban en empleos mal pagados, una vida nocturna dura y turnos interminables.

Jessica trabaja de mesera en un bar donde cada noche actúan artistas emergentes. Hace turnos que pasan de la medianoche, respira humo, sonríe a clientes que hablan demasiado y vuelve a casa agotada.

La ciudad habla de música. Ella habla del alquiler.

Su ausencia es económica y cultural:

forma parte del sistema que alimenta el sueño, pero no tiene acceso al sueño.

La mujer afroamericana de Memphis – 43

años

Memphis es una ciudad con un alma gigantesca: blues, soul, historia negra. Pero también es una de las ciudades más pobres y desiguales de América.

Aisha trabaja en una escuela primaria de un barrio difícil. Muchas familias viven al límite, y muchos niños llegan con heridas que la educación sola no puede curar.

Ella lo sostiene todo: – los problemas de la clase – familias ausentes – falta de fondos – un barrio complicado – responsabilidad total.

Su ausencia es social y racial:

está en el centro de la comunidad, pero el Estado la considera solo una pieza de la máquina escolar.

La mujer rural – 50 años

Fuera de Nashville y Memphis hay un Tennessee más duro: pueblos pobres, casas dispersas, tiendas que abren y cierran, trabajo físico e iglesias como únicas instituciones presentes.

Brenda vive en un pueblo pequeño del sur de los Apalaches. Creció allí, tiene dos hijos adultos y un marido que trabaja a ratos.

Ella se ocupa de todo: – la casa – los padres ancianos – los recados – el mantenimiento – turnos ocasionales en una tienda.

Su ausencia es geográfica:

vive fuera del mapa de las oportunidades. No tiene alternativas. No tiene márgenes.

La mujer atrapada en la sanidad privada – 37

años

Tennessee tiene uno de los peores sistemas sanitarios para quien no tiene seguro. Costos prohibitivos, poco apoyo y muchos hospitales privados.

Michelle trabaja como asistente en una clínica. Cada día ve pacientes que no pueden pagar, personas que posponen el tratamiento y madres que llegan demasiado tarde.

Pero también ella está en medio: tiene un seguro mínimo, un salario insuficiente, deudas médicas personales.

Su ausencia es médica:

trabaja en el cuidado de los demás, pero no puede permitirse curarse.

Epílogo – Tennessee

Tennessee es un estado que cambia en la superficie, pero que por dentro sigue rígido.

Las grandes ciudades imponen ritmos nuevos, las zonas rurales imponen tradiciones viejas. En medio, las mujeres lo mantienen todo unido:

– familias frágiles – economía precaria – educación débil – sanidad prohibitiva – religión que juzga – salarios insuficientes

Está presente en todas partes, pero nadie la reconoce.

Reflexión – Tennessee

La ausencia femenina aquí nace de un doble peso: el peso de la historia y el peso de la religión.

Las mujeres viven entre deberes antiguos y problemas modernos, sin protección ni escapatorias.

Es un país donde la resiliencia femenina se da por sentada, como si fuera natural, inevitable, obvia. No lo es.

Este capítulo deja claro lo que muchos evitan decir: la fuerza de una mujer no es una excusa para no darle lo que merece.

TEXAS

Texas es grande en todo: territorio, dinero, religión, orgullo, contradicciones. Es uno de los estados más ricos y, al mismo

tiempo, uno de los más desiguales. Una potencia económica con una mentalidad política que mira hacia atrás. Un lugar donde las mujeres tienen que sobrevivir en medio de:

– leyes agobiantes – roles familiares rígidos – ciudades inmanejables – suburbios sin fin – pobreza rural escondida – comunidades inmigrantes esenciales pero ignoradas – costos en aumento – protecciones que faltan

Texas te sorprende si lo miras desde fuera. No te sorprende si lo vives desde dentro.

La mujer latina de Houston – 33 años

Houston es una de las ciudades más diversas de América. Pero también es una de las más duras para quien está abajo. Maribel es de El Salvador. Trabaja en un centro de atención para ancianos. Los turnos son agotadores, hay poco apoyo y el tráfico se come horas de vida cada día.

Houston es enorme: distancias inmensas, autobuses poco fiables, clima extremo. Moverse aquí es un trabajo.

Maribel envía dinero a su familia, cría a sus hijos, lo aguanta todo.

Su ausencia es económica y urbana:

la ciudad la usa, pero no la protege.

La mujer blanca de los campos petroleros – 41 años

Las ciudades del petróleo solo son ricas en apariencia. Detrás hay turnos devastadores, accidentes, drogas y familias frágiles.

Amy vive en Odessa. Su marido trabaja en las plataformas, desaparece durante semanas y vuelve destrozado o alterado.

Ella lo hace todo: – los hijos – la casa – las facturas – las emergencias – la familia extensa – el caos – la tensión constante.

La riqueza del petróleo nunca llega a sus manos.

Su ausencia es industrial:

Texas celebra el petróleo, pero no a quienes cargan con su costo humano.

La mujer sin protección sanitaria – 35 años

años

Texas tiene leyes extremadamente estrictas sobre la salud de las mujeres. El acceso es difícil, los costos son altos y los servicios son pocos. Para muchas mujeres, la única opción es arreglárselas.

Chelsea, 35 años, vive en Lubbock. Tiene un empleo de oficinista, pero su seguro es mínimo, y cada visita médica seria se convierte en una deuda.

Tiene un dolor crónico que ignora. Tiene análisis que lleva años posponiendo. Le teme más a la factura que a la enfermedad.

Su ausencia es sanitaria y política a la vez:

el Estado controla su cuerpo, pero no lo cura.

La mujer inmigrante indocumentada – 28

años

Carolina vive en San Antonio. Trabaja limpiando oficinas y casas. En efectivo. Siempre en efectivo.

El miedo es constante: a la policía, a inmigración, a los patrones que explotan, a los vecinos que juzgan.

Tiene la habilidad, la fuerza, la inteligencia, pero no tiene derechos. Para el Estado no existe. Para la ciudad es indispensable.

Su ausencia es legal:

en Texas la mujer inmigrante gobierna sectores enteros, pero nadie la reconoce.

Epílogo – Texas

Texas es grande y contradictorio: rico y pobre, moderno y atrasado, poderoso y despiadado.

Las mujeres sostienen la parte frágil del estado: – ciudades ingobernables – suburbios que se extienden sin fin – plataformas petroleras – escuelas pobres – casas abarrotadas – salarios bajos – leyes restrictivas.

Está presente en todas partes, pero se la considera prescindible.

Reflexión – Texas

La ausencia de las mujeres aquí nace de la unión de tres fuerzas gigantescas: economía, cultura, política.

Texas es un lugar donde las mujeres tienen que ser fuertes por voluntad propia. Donde a los hombres se les promete libertad y a las mujeres se les exige resistencia.

Es un estado que exige a las mujeres como pilares, pero las trata como recursos reemplazables.

Texas no borra a las mujeres: se las traga.

UTAH

Utah es una paradoja. La gente lo ve como un estado perfecto: familias numerosas, ciudades tranquilas, montañas espectaculares, orden por todas partes. Detrás de esta fachada hay una enorme presión social, sobre todo sobre las mujeres. La presencia dominante de la Iglesia mormona crea roles rígidos, expectativas precisas, un modelo femenino que debe ser:

– madre – esposa – educadora – siempre sonriente – siempre disponible – nunca en conflicto

E incluso quienes no forman parte de la religión viven igualmente bajo esa sombra.

Utah es seguro, sí. Pero no tan libre como parece.

La mujer mormona bajo presión – 31 años

Emily creció en una comunidad mormona tradicional. Casada a los 22, tuvo tres hijos antes de cumplir los treinta. Su vida está regida por reglas precisas: servicio, familia, lealtad, orden, tranquilidad.

Por fuera, es impecable. Por dentro, está agotada.

No puede quejarse, no puede pedir ayuda, no puede decir que está cansada. Porque «no deberías estar cansada».

Su ausencia es espiritual y cultural:

el sistema no contempla su interioridad, solo el rol.

La mujer no religiosa que vive a

contracorriente – 39 años. Sandra no es mormona. Trabaja en marketing. Tiene una hija, está divorciada y vive según sus propias reglas. En Utah, eso basta para que la consideren «diferente». Las

relaciones sociales son difíciles. Las familias tradicionales no la incluyen, muchas amistades son superficiales y los lugares de trabajo están llenos de juicios.

Su ausencia es social:

estar fuera del molde significa estar fuera del círculo.

La mujer inmigrante latina – 34 años

Utah tiene una población latina enorme y a menudo invisible. Ana trabaja en una planta de empaque de alimentos. Turnos de doce horas, ambientes fríos, manos heladas, salarios bajos.

La comunidad local es educada, sí, pero distante. La integración es mínima. Los servicios son pocos. El costo de la vivienda sube cada año.

Ana vive para trabajar y le manda dinero a su familia. Nada más.

Su ausencia es económica y cultural:

forma parte de la maquinaria del estado, pero el estado no la reconoce.

La mujer de los pueblos de montaña – 50 años

En las zonas montañosas de Utah, la vida es hermosa de mirar, pero extremadamente dura de vivir.

Karen vive en un pueblo de 2.000 habitantes. Trabaja en una escuela y recorre millas para todo: el médico, el supermercado, la farmacia.

La comunidad es cerrada. La soledad es constante. Los inviernos son largos, fríos y silenciosos.

Su ausencia es geográfica:

el espacio es enorme, pero su vida es un cuarto pequeño sin salidas.

Epílogo – Utah

Utah es un estado que ha construido una imagen impecable: familia, orden, estabilidad.

Todo cierto. Pero detrás de la imagen hay mujeres que sostienen sistemas rígidos, sin derecho a la fragilidad, a elegir ni a tener margen.

Utah protege la forma, no a la persona.

Reflexión – Utah

La ausencia de las mujeres en Utah no nace del conflicto. Nace de un control amable, ese que te dice con una sonrisa lo que tienes que ser.

Aquí la mujer tiene que ser perfecta. No libre. Perfecta.

Este capítulo lo deja al desnudo: un lugar puede ser seguro, limpio, ordenado, y aun así quitarte el aliento.

Utah no castiga a las mujeres. Las dirige. Y dirigir, cuando no puedes elegir, es solo otra forma de borrar.

VERMONT

Vermont tiene bosques, casas de madera, nieve sin fin, colinas silenciosas, pueblos pequeños donde todos se conocen. Es un estado progresista, pacífico, seguro. Pero también es aislado, caro, difícil de alcanzar y rígido en su ritmo lento.

La mujer soporta tres situaciones distintas. – el aislamiento geográfico – el costo de vida prohibitivo – la falta de servicios reales

Es un estado que se vende como «sereno», pero la serenidad a menudo es solo el efecto de la falta de alternativas.

Aquí la mujer no desaparece porque alguien la borre. Desaparece porque nadie llega hasta ella.

La mujer que vive sola en las montañas – 47

años

Claire vive en una casa en una colina cerca de Montpelier. No es una soledad romántica. Es soledad de verdad.

Invierno: nieve, oscuridad, carreteras heladas. Verano: distancia, nadie cerca, ninguna ayuda inmediata.

Lo hace todo ella sola: – la leña – el coche – las compras programadas – el mantenimiento – las emergencias.

Parece libertad. Es supervivencia diaria.

Su ausencia es geográfica:

el mundo está demasiado lejos.

La mujer que trabaja en las cooperativas locales – 35

años. Vermont ama la idea de la «sostenibilidad». Cooperativas, cadenas de suministro cortas, productos locales.

Detrás de esa imagen hay trabajo mal pagado.

Emily trabaja para una cooperativa agrícola. Es un trabajo exigente, frío, con un salario modesto. El costo de vida está por las

nubes: alquiler, comida y gasolina.

El relato sostiene que «Vermont es un modelo». Para ella, Vermont es un equilibrio frágil que puede derrumbarse cualquier mes.

Su ausencia es económica:

la visión romántica borra su esfuerzo real.

La mujer que mantiene una familia sin ningún

apoyo – 39 años. Sarah vive en Burlington. Dos hijos, un trabajo en una pequeña empresa y un exmarido que aparece y desaparece.

Vermont es progresista, sí, pero los servicios son lentos, escasos y lejanos. Las escuelas tienen dificultades, la salud es cara y las ayudas económicas son mínimas.

Cada día es una guerra silenciosa: organizarlo todo sola, moverse por un territorio amplio, enfrentar las emergencias sin red de seguridad.

Su ausencia es institucional:

el Estado habla mucho de apoyo, pero da poco.

La mujer que huye de la ciudad y se hace la ilusión

de empezar de nuevo – 31 años. Muchas llegan a Vermont buscando paz. Casas tranquilas, naturaleza y un ritmo de vida más lento.

Olivia llegó desde Boston. Pensaba que encontraría el equilibrio. Encontró precios disparados, aislamiento y pocas oportunidades de trabajo. El paisaje es impresionante. Pero si necesitas comunidad, dinamismo, oportunidades, aquí no hay nada.

Su ausencia es de integración:

Vermont acoge, pero no se abre.

Epílogo – Vermont

Vermont es silencio, aire limpio, reflexión. Pero también es distancia, costos prohibitivos, aislamiento emocional.

Las mujeres viven en las grietas de un estado que solo funciona para quien ya tiene mucho:

– dinero – estabilidad – relaciones – salud

Para quien no tiene todo esto, la vida aquí se vuelve un camino solitario y cuesta arriba.

Reflexión – Vermont

La ausencia de las mujeres en Vermont no es tan evidente como en los estados más duros. Es más sutil. Más elegante. Más escondida.

Nace de tres factores:

– el mito de la sencillez, que borra el cansancio – el costo de la tranquilidad, que no todos pueden permitirse – la distancia emocional, que aísla a quien lo necesita

Este capítulo lo dice sin filtros: la naturaleza no es protección suficiente. Y el silencio no siempre es paz. A veces es solo falta de escucha.

VIRGINIA

Virginia es un estado que existe en dos planos: – el plano institucional (Washington DC está a un paso) – el plano rural (los Apalaches y las zonas desfavorecidas)

Es la cuna de la historia estadounidense, pero también uno de los lugares donde las desigualdades modernas son más visibles: militares por todas partes, burocracia, riqueza concentrada en el norte, pobreza en el suroeste, ciudades universitarias dinámicas y suburbios estancados.

La mujer aquí enfrenta tres frentes:

– el peso de las instituciones – el peso de las tradiciones – el peso de las diferencias territoriales

Es una presencia esencial en cada parte del estado, pero queda absorbida por el rol que cada zona le exige.

La mujer rica del norte – 34 años

El norte de Virginia es el hogar de los trabajadores de Washington: funcionarios, analistas, empleados federales y contratistas.

Elena trabaja para una empresa vinculada al gobierno. Buen sueldo, perspectivas de carrera, vida imposible.

El costo de vida es altísimo: alquileres fuera de control, un tráfico que se come horas y un horario de trabajo agotador.

La mujer aquí no es pobre. Está exhausta.

Su ausencia es profesional:

todos la buscan para que las estructuras sigan funcionando, pero nadie la protege del agotamiento total.

La mujer afroamericana de Richmond – 39

años

Richmond es una ciudad que todavía vive con un pie en su historia: segregación, líneas invisibles que dividen los barrios,

escuelas con dificultades, disparidades enormes.

Amina trabaja como enfermera en un hospital. Turnos duros, pacientes difíciles, un barrio complicado. Cada día es una carrera.

Richmond es una ciudad que renace, pero el renacimiento llega siempre primero a las zonas blancas.

Su ausencia es racial y social:

es el pilar del sistema, pero se queda al final de la lista de prioridades.

La mujer rural de los Apalaches – 50 años

Fuera de las ciudades, Virginia cambia por completo. Calles vacías, montañas, casas dispersas, pobreza arraigada.

Linda vive cerca de Wise County. Trabaja en una tienda, cuida a su madre enferma y lleva la casa. No hay atención médica cerca, ni transporte público, ni economía.

Su vida descansa entera sobre sus hombros. La comunidad es pequeña, pero no lo bastante fuerte para sostener a todos.

Su ausencia es geográfica y estructural:

vive donde el Estado no llega.

La mujer de Charlottesville – 28 años

Charlottesville es una ciudad universitaria, joven, intelectual, progresista. Perfecta sobre el papel.

En la práctica, no.

Maya trabaja en una cafetería cerca del campus. Alquileres altos, salarios bajos, vida estudiantil caótica, cero estabilidad.

Aquí la cultura es rica, pero la vida no.

Su ausencia es económica y cultural:

forma parte de la ciudad, pero no de su bienestar.

Epílogo – Virginia

Virginia es un mosaico de identidades que no se conectan. Riqueza extrema arriba, pobreza extrema abajo. Ciudades modernas por un lado, los Apalaches olvidados por el otro.

Las mujeres viven en cada pieza de este mosaico, pero nadie las considera de verdad protagonistas.

Se mueve cuando hace falta, se queda quieta cuando le conviene al Estado, y siempre es útil.

Reflexión – Virginia

La ausencia de las mujeres aquí nace de la fractura interna: territorio dividido, historia pesada, economía desequilibrada.

Las mujeres son el pegamento que mantiene todo esto unido, pero el estado las trata como parte del paisaje, no como motores sociales.

Este capítulo lo deja claro: Virginia crece, pero no crece para todos. Y quienes se quedan atrás son sobre todo las mujeres que sostienen, cuidan y protegen, mientras nadie las protege a ellas.

WASHINGTON

Washington no es un estado: es un motor disfrazado de paisaje perfecto. Quien lo mira desde fuera ve verde, bosques, agua, Seattle con su horizonte fotogénico. Quien lo vive desde dentro sabe que aquí el poder no se declara: se ejerce.

Es uno de los pocos lugares de Estados Unidos donde el poder no viene de la política, sino de la tecnología, la coordinación, el capital, la investigación científica y la infraestructura. Amazon, Microsoft, Boeing, los puertos del Pacífico, las universidades, la biotecnología, la inteligencia artificial, el comercio global. La Costa Oeste aquí no sueña: aquí ejecuta.

Washington es un estado donde:

– un algoritmo decide más que un alcalde – un laboratorio mueve más dinero que un condado entero – un puerto puede detener a una nación – una startup puede cambiar el futuro – una investigadora puede influir en un mercado global – una directiva puede cambiar el ritmo de los trabajadores en diez países

Es poder. Del que no sale en la televisión. Del que no hace ruido. Del que construye y destruye en silencio.

En este escenario, las mujeres no son simples extras. Son los engranajes centrales, los cerebros, las estrategias, las operaciones, el mando puro. Y pagan un precio alto: soledad, agotamiento, presión constante, carreras que te absorben, vidas privadas que se desmoronan mientras el mundo aplaude los resultados. Washington no perdona a los frágiles. No espera a quien afloja. No protege a quien cae.

Quienes están en la cima lo saben mejor que nadie. Quien ha visto el poder de cerca —y aquí tu frase entra de forma natural— reconoce de inmediato la diferencia entre apariencia e influencia.

Porque el poder auténtico no es escenografía. Es responsabilidad, riesgo, compostura y ningún margen de error.

Esto es Washington: un laboratorio de alta presión del poder femenino, donde las mujeres que de verdad mandan no tienen

tiempo de hablar de ello. Tienen que gestionarlo.

Y este capítulo es su retrato. Veintidós artes de mostrar lo que significa estar en la cima de un estado que no concede tregua.

NOTA DE AUTORIDAD

«En aquellos años en que frecuentaba la Casa Blanca, en la época de Bill y Hillary Clinton —y yo era el primer calabrés que conocían —, siempre me llamaban “Mr. Frega”. Otros, por mi pasado en Gillette, me conocían como “Balde-man”. Dos nombres, el mismo peso: precisión, fiabilidad y ningún miedo al poder. Cuando has visto ciertas salas, entiendes de inmediato quién manda de verdad y quién solo actúa».

Elena – Directora de Investigación en IA (Redmond, 43

años

Poder: altísimo Precio: su vida privada Elena coordina a doscientos investigadores. Algoritmos, ética, financiación, presión desde Washington, DC. No inventa productos: sienta las bases de la futura inteligencia artificial comercial.

Su mano es invisible, pero está presente en todas partes. Si cambia una línea de política, cambia un mercado entero.

Trabaja 14 horas al día, duerme poco y nunca se equivoca.

El poder, el poder real, no te da libertad. Te da responsabilidades que ningún ser humano normal puede soportar.

Sara – VP de Logística Global de Amazon (Seattle, 46

años

Poder: control operativo planetario Precio: ningún equilibrio humano

Miles de personas dependen de ella. Puertos, aviones, centros robotizados, algoritmos de distribución. Cuando decide algo, cambia los plazos de entrega en catorce países.

La llaman «la mujer que mueve el mundo». No se ríe mucho. No tiene tiempo.

El poder aquí es despiadado: no te equivocas dos veces. A veces ni siquiera una.

Claudia – CEO de biotecnología (Bellevue, 39 años)

Poder: genética, inversores, investigación innovadora Precio: soledad quirúrgica Claudia dirige una empresa de biotecnología valorada en 1.000 millones de dólares. Sus tratamientos experimentales podrían cambiar la forma de tratar las enfermedades raras.

Perdió relaciones, amistades, partes de su vida. Ganó una sola cosa: una visión que todos temen y respetan.

El poder no es dinero. El poder es cuando el mundo espera tus decisiones.

Tanya – Directora del Puerto de Seattle (50 años)

Poder: infraestructura global Precio: presión continua

El puerto nunca duerme. Ella tampoco.

Contenedores, seguridad, relaciones con empresas chinas, coreanas y estadounidenses. El poder aquí no es glamuroso: es gestionar el caos.

Si ella se equivoca, se detiene una costa entera.

Esta es la diferencia entre imagen y sustancia.

Melinda French Gates – De limpiadora al

poder global

Poder: influencia global en salud, educación e igualdad. Precio: convertirse en un símbolo sin dejar de ser humana.

La verdad, NANDO, es esta: Melinda no nació en el poder. Hizo trabajos pequeños, incluso de limpieza, para pagarse los estudios en Duke. Tenía una familia normal, cero riqueza, cero redes de poder. Todo se fue sumando: – una carrera difícil – un primer empleo en Microsoft cuando todavía era una empresa pequeña – un ascenso interno por mérito – una visión filantrópica que hoy mueve miles de millones.

Hoy se sienta en las mesas donde se toman las decisiones: – vacunaciones globales – políticas de salud de las mujeres – el derecho a la educación – inversiones estratégicas – programas de la ONU.

Poder real. No el que ves en los flashes. El que cambia vidas.

Y precisamente por eso su historia es tan importante: porque parte de abajo y sube hasta donde pocas mujeres en el mundo llegan.

Naomi – Chief Security Officer, Big Tech (Seattle, 45

años

Poder: seguridad global, ciberinteligencia Precio: paranoia profesional

Naomi nunca duerme de verdad. Dirige la seguridad digital de uno de los gigantes tecnológicos de la Costa Oeste. Decide protocolos, anticipa ataques, bloquea intrusiones y gestiona crisis.

Tiene un equipo de seiscientas personas. Algo puede pasar en cualquier minuto.

Poder real = responsabilidad que te parte el corazón. Porque cuando ella se equivoca, bancos, hospitales y gobiernos se van deteniendo.

Nadie la ve. Pero todos usan el mundo que ella protege.

Jennifer – CFO de Microsoft Cloud (Redmond, 51

años

Poder: cifras globales, estrategias, inversiones Precio: ningún respiro mental

Maneja miles de millones como si fueran líneas de un cuaderno. Es de esas personas capaces de mover acciones, mercados y alianzas.

Tiene una capacidad feroz: ve el riesgo antes que los demás.

La llaman «la mujer del pulso firme». Sin ella, toda la industria de la nube no sería tan fuerte como lo es hoy.

¿El costo? Un cerebro que nunca se detiene. Y un cuerpo que lleva años suplicando descanso.

Mei Ling – Ejecutiva de Google Deep-mind (centro de

Seattle, 38 años)

Poder: investigación avanzada en IA Precio: aislamiento dentro de la élite

Mei Ling es un prodigio, pero lo paga. Fue una niña genio, graduada en el MIT, después IA avanzada. Ahora dirige uno de los grupos más temidos y respetados del sector.

Ve el mundo como un algoritmo avanzado: velocidad, precisión, visión.

Pero su vida social es un desierto. Su soledad es proporcional a su talento. El poder construye, pero separa. Isabelle – Directora de Operaciones de la Gates Foundation (Seattle, 47 años) Poder: influencia global Precio: emociones congeladas Isabelle no habla mucho. Organiza. Calcula. Distribuye fondos a hospitales, vacunas, escuelas y programas para mujeres. No es una cara conocida. Es el cerebro logístico detrás de miles de millones de dólares. Trabaja con gobiernos, ONG, científicos, ministros. Cuando estás a este nivel no tienes amigos, solo tienes expedientes. Su humanidad se queda escondida para protegerse. Carla – Comandante de la Guardia Costera PNW (Tacoma, 44

años

Poder: mar, rescate, operaciones federales Precio: cuerpo desgastado Carla comanda equipos que enfrentan tormentas, barcos, tráficos ilegales, emergencias. Es una mujer de acero, respetada incluso por hombres que no respetan a nadie. Ha salvado vidas, ha gestionado desastres ambientales, ha dirigido operaciones nocturnas en mar gruesa. El poder aquí es físico. Sucio. Real.

¿El precio? Su cuerpo está cubierto de cicatrices invisibles.

Andrea – Chief Engineering Officer Boeing

Aeronáutica (Everett, 49 años)

Poder: la aviación mundial Precio: cargar sobre los hombros la seguridad de millones de personas

Andrea diseña soluciones aeronáuticas. Cuando firma un componente, ese componente vuela sobre todo el planeta. Es una de las poquísimas mujeres que dirigen equipos de ingeniería de ese calibre.

Tiene una autoridad que no grita. Tiene una mirada que evalúa, no que duda. Tiene los nervios de quien no puede equivocarse ni en un solo tornillo.

¿El precio? El miedo constante y silencioso que solo conoce quien está al mando.

Sofia – Directora del Servicio de Urgencias, UW

Medical (Seattle, 52 años)

Poder: sanidad real, decisiones que salvan o destruyen vidas Precio: alma consumida

Sofia es la que mantiene en pie un hospital cuando estalla el caos. No trabaja en medicina estética. Trabaja dondequiera que aparezcan sangre, sobredosis, accidentes, crisis psiquiátricas y pobreza extrema.

El poder aquí es despiadado: decide ahora, no mañana. Y ella decide. Cada día. Desde hace veinte años.

¿El precio? Ya nada la sorprende. Y eso, para un ser humano, sale caro.

Haruni – Directora de Seguridad &

Comercio del Puerto de Tacoma (45 años)

Poder: comercio internacional y seguridad Precio: vivir bajo una presión geopolítica constante

Haruni es la mujer que habla con: – el FBI– la Marina– empresas japonesas– empresas coreanas– la coordinación interna– las agencias federales.

Gestiona el tráfico legal, los controles, la seguridad de los barcos y las auditorías internacionales. Controla parte de la cadena que sostiene la Costa Oeste.

¿El costo? Ninguna noche tranquila. Cada barco que entra es una responsabilidad personal.

Zhen – CTO de una plataforma fintech de miles

de millones de dólares (Bellevue, 36 años)

Poder: dinero real, transacciones, sistemas que no pueden caer Precio: una ética que pesa más que el dinero

Zhen no tiene tiempo para el relato de las redes sociales sobre «las mujeres en la tecnología». Ella es la tecnología.

Gestiona sistemas financieros sin margen de riesgo. Mueve millones cada minuto. Tiene un poder técnico que domina incluso a la alta dirección. Lo llaman “el golpe silencioso”: cuando ella habla, las decisiones cambian.

¿El precio? Una ética que hay que proteger cada día de los compromisos de los demás.

Miriam – Jefa de la Unidad de Delitos Digitales, Washington

State Patrol (40 años)

Poder: investigaciones invisibles Precio: ver la oscuridad humana todos los días

Miriam comanda una unidad que nadie conoce, pero que todos temen. Ciberdelincuencia, pedofilia, fraudes internacionales, violencia digital, identidades robadas. Es ella la que entra en los sistemas, encuentra, recupera y desmantela.

Poder operativo real. No es glamuroso. Es necesario.

¿El costo? Su mente libra batallas que nadie debería ver.

Laila – Directora de Estrategias Globales de Nube & IA

(Seattle, 48 años)

Poder: define las reglas tecnológicas del futuro Precio: vivir en una guerra mental constante

Laila no es una gerente. Es arquitecta de ecosistemas digitales. Habla con gobiernos, multinacionales e instituciones. Escribe políticas que se convertirán en estándares globales. Tiene una oficina con vista al lago, pero su mente vive en otro planeta. El poder verdadero es esto: decidir el camino antes de que el mundo entienda hacia dónde va.

¿El precio? No hay pausa. No hay «después». No hay normalidad.

Rachel – Gerente de Operaciones de Fabricación Espacial

(Kent, 44 años) Poder: industria espacial privada Precio: perder el contacto con la vida en la Tierra

Rachel dirige las operaciones de una empresa que produce componentes para vehículos orbitales: satélites, módulos,

sensores.

Cuando algo no funciona, la llaman a las tres de la mañana. Cuando todo funciona, nadie la menciona.

El poder en el espacio es cruel: un error quema 400 millones de dólares en un segundo.

Ella lo sabe. Y vive en ese filo todos los días.

Noor – Directora del Departamento de Política

Energética del Estado (Olympia, 51 años) Poder: decide el destino energético de todo un estado. Precio: ser odiada por todos los grupos de presión.

Noor es una mujer que firma documentos que cambian el clima, el transporte, el precio de la factura, la vida industrial.

Los ecologistas la consideran demasiado lenta. Las industrias la consideran demasiado dura. Los políticos le temen porque conoce los temas mejor que ellos. El poder burocrático de alto nivel es invisible para los medios, pero es ahí donde se decide todo.

Noor manda sin que se note. ¿El precio? Ser el blanco perfecto.

Helena – Jefa de Operaciones Digitales del Gobierno

del Estado (Olympia, 46 años)

Poder: infraestructura, datos, servicios públicos Precio: tener que proteger un estado entero con un equipo demasiado pequeño

Helena coordina sistemas críticos: identidad digital, infraestructura, servicios de salud, redes escolares, emergencias.

Sabe que un ataque a su sistema significaría el caos para millones de personas. Su teléfono nunca se apaga. Nunca.

Es una mujer que trabaja en el «lado gris del poder»: ni político ni privado. Ese que nadie ve, pero del que todo depende.

¿El precio? Una sensación constante de incertidumbre.

Dana – Senior Venture Capitalist, 3.000 millones de dólares bajo

gestión (Seattle, 42 años)

Poder: decide quién vive y quién muere en el mundo de las startups Precio: convertirse en una máquina que siente poco y evalúa demasiado

Dana invierte en empresas tecnológicas. Le basta decir «NO» para destruir un proyecto. Le basta decir «SÍ» para crear cincuenta empleos. Tiene la frialdad quirúrgica de quien ve el talento y lo evalúa sin emoción. Es la antítesis del romanticismo emprendedor.

El poder del capital es simple: quien tiene el dinero gobierna el futuro de los demás.

Ella lo hace sin temblar. ¿El precio? Las emociones se quedan fuera de la oficina. Siempre.

Epílogo — Washington

Washington es un estado que no se limita a funcionar: manda. No lo hace con eslóganes ni con conferencias, sino con las manos que mueven la tecnología, la coordinación, la investigación y la infraestructura. Y dentro de este sistema, las mujeres no piden un lugar: lo toman.

Son ellas las que dirigen algoritmos, hospitales, puertos, energía, espacio, seguridad, capital. No tienen tiempo para hablar de sí

mismas, ni ningún interés en caer bien.

Su poder no hace ruido. Es estructural. Está escondido en códigos, contratos, estándares y protocolos. Es el poder que decide sin ser fotografiado.

Washington no es un estado blando. Es un mecanismo complejo que consume a quien no aguanta. Y las mujeres que resisten a esa altura no son símbolos. Son pilares.

Este capítulo lo demuestra: el poder verdadero existe, y aquí tiene rostro de mujer.

Reflexión — Washington

El poder de las mujeres en Washington no nace de la amabilidad, sino de la competencia. No nace de «dar voz a las mujeres», sino del hecho de que aquí muchas mujeres tienen cerebros capaces de desplazar sectores enteros.

Washington es un estado donde cuenta lo que sabes hacer, no lo que dices ser. Y las mujeres que dominan este ambiente pagan un precio altísimo: soledad, rendimiento excesivo, vidas privadas reducidas a paréntesis, identidades construidas sobre los resultados, no sobre las emociones.

El poder, el poder auténtico, no es un premio. Es una carga. Y quien de verdad lo carga no se queja. Lo sostiene. Y paga cada día la diferencia entre aparentar e importar.

En este estado no hay lugar para el «casi». O estás a la altura, o te consumen.

Las mujeres de Washington están a la altura. Y a menudo la superan.

Carta del autor

Viví el poder de cerca, incluso antes de darme cuenta de que algún día lo escribiría. En la Casa Blanca, cuando Bill y Hillary Clinton eran el centro del mundo, me llamaban «Mr. Frega». El primer calabrés que conocían. Otros, por mi pasado en Gillette, me llamaban «Balde-man»: un cortador, un rematador, un hombre que nunca se salta una línea.

Desde entonces, el poder no me impresiona. Lo reconozco. Lo mido. Sé cuándo es real y cuándo es solo teatro. En Washington, los teatros no sirven de nada. Aquí el poder es tan concreto como el acero de los puertos, tan rápido como los servidores, tan frágil como un algoritmo mal calibrado, tan costoso como una decisión que no se puede revertir.

Y las mujeres que lo cargan sobre los hombros recuerdan una cosa sencilla: el poder no es un privilegio. Es una responsabilidad. Y quien de verdad lo tiene no lo dice: lo demuestra.

VIRGINIA OCCIDENTAL

Virginia Occidental es uno de los lugares más heridos de Estados Unidos. Es montañas, minas, opioides, desempleo, iglesias aisladas, escuelas frágiles, familias rotas. Es uno de los estados que lo ha perdido todo: sus industrias, sus jóvenes, su salud, su confianza.

Aquí la mujer no vive: sostiene los escombros.

La mujer de las minas cerradas – 53 años

Pueblos enteros vivían del carbón. Después lo cerraron todo. La gente se quedó, pero el trabajo no.

Linda era la esposa de un minero. Ahora vive con dos trabajitos, un marido enfermo de los pulmones y un hijo que ha muerto.

Su ausencia es industrial: el Estado abandonó todo el sector y dejó a las mujeres recogiendo lo que queda.

La mujer en la crisis de los opioides – 37 años

Virginia Occidental es el epicentro de la devastación de los opioides en Estados Unidos. Emily perdió a su hermana, su hermano está en rehabilitación y su marido se debate entre la adicción y la cordura.

Trabaja en un centro comunitario y ve cada día lo que el resto del país ignora.

Su ausencia es médica y política a la vez: es víctima de un sistema que ha destruido a una generación.

La mujer de los Apalaches profundos – 44 años

Montañas que aíslan, calles sin farolas, distancias imposibles.

Karen vive en un pueblo de setecientas personas. Las escuelas son pobres, la atención médica queda lejos y la economía está estancada.

Su vida está tan quieta como el paisaje. Y nadie la ve.

Su ausencia es geográfica.

La mujer que enseña donde nadie quiere – 29

años

Aquí los maestros jóvenes son rarísimos. Megan se quedó porque nadie más quería.

Tiene clases con niños traumatizados, familias frágiles y cero recursos. Es valentía pura, pero el sistema no la recompensa.

Su ausencia es institucional: el Estado le pide todo y no le devuelve nada.

Epílogo – Virginia Occidental

Virginia Occidental es un recordatorio cruel: cuando cae una economía, cae una sociedad entera.

La mujer se quedó como único pilar. Pero un solo pilar no basta para sostener una montaña.

Reflexión – Virginia Occidental

La ausencia de las mujeres aquí nace del abandono. Ningún otro país ha sido dejado pudrirse así. Y las mujeres pagan el precio más alto: cuidados, supervivencia, silencio, tradiciones que aprietan como jaulas.

Aquí resistir no es una virtud. Es una necesidad.

WISCONSIN

Wisconsin es una paradoja geográfica y emocional: un estado agrícola e industrial, rígido y apacible, vasto y asfixiante. Cerveza, leche, fábricas, bosques, lagos helados. Universidades ricas, campos vacíos, ciudades a las que les cuesta respirar. Aquí las mujeres no desaparecen: se normalizan, como si la carga de sobrevivir viniera incluida en el contrato de nacimiento.

La mujer de la lechería – 45 años

Wisconsin es leche. Pero detrás de cada galón hay espaldas que se doblan, rodillas que gritan, vidas que no han tenido un domingo

en décadas.

Sarah se levanta a las 4:00 de la mañana. No por virtud: por necesidad. Vacas que ordeñar, máquinas que no perdonan errores, una burocracia interminable, nieve que borra carreteras y optimismo. Muchos hombres se derrumbaron cuando la agricultura dejó de ser un trabajo y se convirtió en una lotería mortal. ¿Y las mujeres? Tomaron el timón sin que nunca las nombraran capitanas.

La ausencia de Sarah es agrícola, sistémica y cruel.

Lo hace todo. Mantiene a flote el negocio familiar. Y sin embargo, socialmente no existe: es un fantasma que genera ingresos.

La mujer de Milwaukee – 34 años

Milwaukee es una herida abierta: una ciudad dura, desigual, estratificada. Tasas de pobreza disparadas, escuelas abandonadas y una violencia inadmisible.

Jasmine trabaja en una escuela a la que le faltan maestros, fondos y futuro. Tiene dos hijos y una pareja que solo está cuando no hace falta. Cada mañana atraviesa barrios donde nadie habla de sueños: aquí lo que importa es sobrevivir a la semana.

Su ausencia es urbana.

La ciudad la usa y la consume. La define como «fuerte», un insulto disfrazado de cumplido.

La mujer de la fábrica – 51 años

La industria de Wisconsin ya no es la que antes prometía estabilidad y jubilación. Hoy es una ruleta: turnos más largos,

horas extra forzosas y salarios que bajan mientras el costo de vida sube.

Maria es una veterana de la línea de producción: muñecas desgastadas, una espalda dañada, cero margen. Repite el mismo gesto miles de veces, como si su cuerpo fuera una máquina intercambiable.

Su ausencia es industrial.

Es la invisibilidad de la trabajadora que mantiene todo en marcha sin que nadie la mencione en los discursos oficiales.

La mujer del norte helado – 57 años

El norte de Wisconsin es otro planeta: bosques sin fin, lagos inmóviles bajo metros de hielo, una soledad que no te pide permiso.

Karen vive en una cabaña cerca de Superior. La nieve dura medio año. Las distancias son un castigo: millas de carreteras vacías lo separan todo de la civilización. Aquí las mujeres no desaparecen: se disuelven despacio, como el vapor en el frío.

Su ausencia es climática y geográfica.

Nadie la ve porque nadie llega hasta allí.

Epílogo – Wisconsin

El estado funciona. Las fábricas marchan. Las granjas producen. Las ciudades aguantan el golpe. Y siempre, detrás de cada pieza de este equilibrio precario, hay una mujer haciendo el trabajo sucio y silencioso.

Pero nadie lo dice. No por malicia. Porque así es más cómodo.

Reflexión – Wisconsin

La ausencia aquí nace de un dogma tóxico: “la mujer del Medio Oeste es fuerte por naturaleza”. Un cuento cómodo para quien no quiere ver el precio de esa fuerza. No es virtud. No es un talento genético. Es supervivencia disfrazada de deber moral.

Y cuando sobrevivir se vuelve costumbre, la vida deja de ser vida.

WYOMING

Wyoming es un vacío que respira. Una tierra de montañas escarpadas, praderas infinitas, un viento que nunca termina, caballos en libertad, pozos de petróleo, camiones, carbón y distancia. Aquí el espacio no es un concepto: es una fuerza que te moldea.

Es el estado menos poblado de Estados Unidos. Y uno de los más hostiles para las mujeres. Porque aquí la vida no se discute: se enfrenta. Es física, diaria, total. Y no hay protección que no puedas construirte tú misma.

La mujer del rancho – 49 años

Kim vive en un rancho del tamaño de un condado. Sus días son un torbellino de emergencias: sillas de montar, animales, partos a las tres de la mañana, cercas arrancadas por el viento, depredadores, nieve hasta las rodillas.

¿Trabaja como un hombre? No. Trabaja más que la mayoría de los hombres. Porque mientras ellos se rompen una vez y se derrumban, ella se rompe diez veces y sigue.

Pero a los ojos del mundo no es una persona: es una función agrícola, un elemento operativo de la propiedad, una presencia que se da por sentada.

Su ausencia es agrícola, estructural, normalizada.

La mujer del Oil & Gas – 37 años

Alex está inmersa en el infierno amable de la energía estadounidense. Turnos imposibles, un frío asesino, ambientes dominados por hombres donde las bromas cortan más que las hojas. Es competente, lúcida y preparada. Mucho más que muchos que ganan más que ella. El respeto le llega a plazos, como un favor. Lo demás es silencio, insinuaciones y esfuerzo. Profesional, físico y psicológico.

Su ausencia es industrial y sexual:

no es invisible porque sea incapaz, sino porque es demasiado capaz en un lugar que no quiere admitirla.

La mujer de los pueblos pequeños – 55 años

Aquí los pueblos no son pueblos: son centros de resistencia de doscientos o trescientos habitantes. Una iglesia, una tienda, dos calles, un sheriff a tiempo parcial.

Linda hace todo lo que mantiene a flote a la comunidad: el banco, la farmacia, el voluntariado, las compras para los ancianos, cuidar niños, las emergencias, los comités, los funerales, el apoyo, la presencia.

Es el mecanismo humano que impide que las microcomunidades se derrumben.

Y sin embargo, nadie la ve. Su existencia se da por sentada, automática, como si fuera el rol escrito en el manual.

Su ausencia es cívica: fundamental, pero no reconocida.

La mujer de los parques nacionales – 32 años

Yellowstone, Grand Teton, territorios que todos creen conocer, pero que nadie conoce de verdad.

Es guardabosques, guía, bióloga y una persona analítica. Oye los ruidos de los animales antes de que lleguen. Sabe leer las huellas, el terreno y las emergencias. Tiene un poder real sobre el paisaje, pero no tiene comunidad. Vive aislada, como quien habita una frontera invisible: demasiada naturaleza para sentirse parte de la civilización, demasiada responsabilidad para permitirse la fragilidad.

Su ausencia es profesional y geográfica:

está ahí, decisiva, pero lejos de todo.

Epílogo – Wyoming

Wyoming es ferozmente hermoso, de una belleza que corta el aliento y de una dureza que pone en peligro la vida.

Las mujeres aquí no son ignoradas: el paisaje las absorbe.

El viento se las lleva pedazo a pedazo, la distancia las agota, la soledad las talla como piedra volcánica. Y al final ya no saben dónde empieza la mujer y dónde termina el territorio.

Reflexión – Wyoming

La ausencia femenina aquí nace de la naturaleza misma: espacio, frío, silencio, aislamiento.

La mujer se vuelve parte del territorio, como si no necesitara derechos, protección, una red ni una comunidad.

Pero es exactamente lo contrario. Precisamente porque vive en la parte más dura de Estados Unidos, necesita más protección que los demás.

Y en cambio, se le pide que se vuelva roca. Que se vuelva paisaje. Que desaparezca sin un ruido.

Ferdinando Frega